

# El megaterio y la hija del gobernador

por Fernando Lalana

**P**om, pom, pom!  
—¡Señor gobernador! ¡Señor gobernadooor!

—Pase, Regómez.

Regómez, secretario personal del gobernador civil, entró en el descomunal despacho con la cara de las emergencias nacionales, agitando un papel en la mano.

—¿Qué sucede, Regómez?

—Señor gobernador: ¡el maestro de Valdecarrascas dice que hay un megaterio!

El gobernador miró a su secretario de hito en hito durante unos instantes. De pronto, alzó las cejas y sonrió ampliamente.

—¡Ya lo tengo! —exclamo—: ¡La gallina!

—¿Co... cómo dice? —preguntó, perplejo, Regómez.

—Ah, pero... ¿no se trata de una adivinanza?

—Desde luego que no, señor gobernador. ¡Qué más quisiéramos! Se trata de una situación real y alarmante.

—Explíquese, Regómez.

—Valdecarrascas es un pueblecito de la sierra. Ayer, el Ministerio envió a un maestro nuevo para sustituir al antiguo, que se jubilaba. El nuevo maestro acaba de enviarnos una nota por mensajero urgente, diciendo que en el pueblo habita un megaterio.

—¡Un megaterio, nada menos!

—exclamó el gobernador, llevándose las manos a la cabeza—. Y dígame, Regómez: ¿qué es un megaterio?

—Pues... un animal prehistórico. Una especie de dinosaurio, vaya.

—Comprendo —dijo, muy serio, el señor gobernador—. Comprendo, Regómez. Es terrible, sí. Está claro que el nuevo maestro empina el codo. Hay que evitar que su mal ejemplo dañe a los niños del pueblo, para lo cual dispongo...

—No, no, señor gobernador. He pedido informes. Se trata de un muchacho joven, muy deportista, completamente abstemio, con un inmejorable expediente. Y además... vea estas fotos que han llegado en el mismo sobre.

Regómez mostró al gobernador varias fotos Polaroid en las que, en efecto, se veía a un bicho de unos cinco metros y cuarenta centímetros de alto, posando junto a varios vecinos del pueblo.

—¡Oh, Dios mío! —murmuró el gobernador, estupefacto—. Entonces... ¡es cierto!

—¡Hay que hacer algo, señor gobernador! ¡Y deprisa!

—¡Caray, Regómez, déjeme pensar! Veamos... Podríamos enviar a... al... ¡Ya lo tengo! ¡A los bomberos!, ¿eh? ¿Qué le parece?

El secretario negó con la cabeza.

—Ya he hablado con el teniente Cienfuegos. Dice que los dinosaurios no son de su incumbencia. A no ser, claro está, que se tratase de un dinosaurio pirómano. Lo que no es el caso, al parecer.

—Vaya... ¿Y las brigadas de Protección Civil?

—Más o menos, lo mismo: si el bicho no provoca un cataclismo, dicen que *nanay*. La Cruz Roja, *ídem* de *ídem*. Y la Guardia Civil, tres cuartos de lo propio: de no mediar la pertinente denuncia, omitirán cualquier dispositivo táctico.

—¿Eh?

—Palabras textuales del sargento Medina, jefe del puesto más cercano —aclaró Regómez, encogiéndose de hombros.

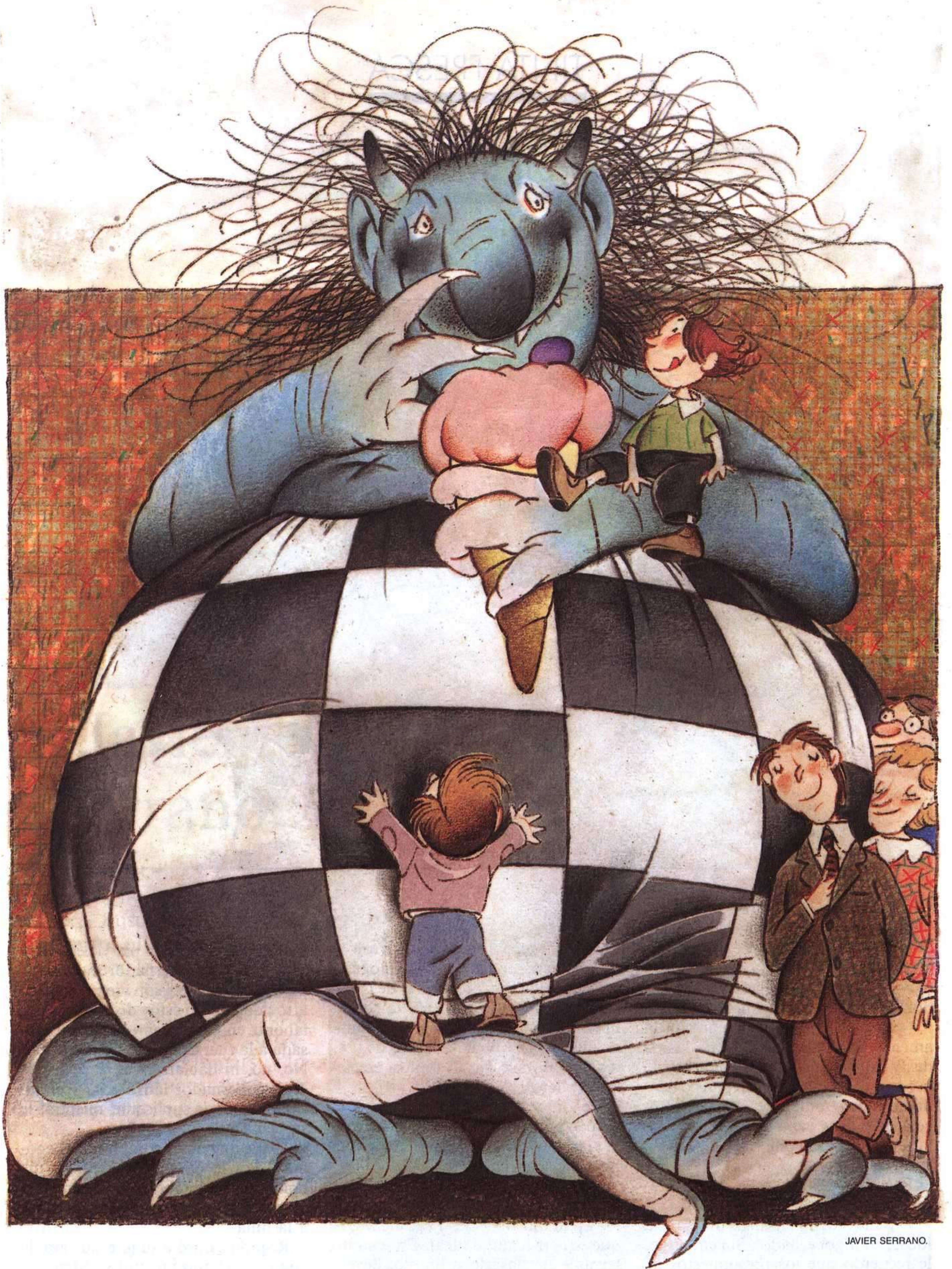
—Pues sí que estamos bien...

El señor gobernador comenzó a pasear por su despacho a grandes zancadas, llenando de arrugas la alfombra y el aire de bufidos, mientras examinaba las fotografías una y otra vez.

Tras unos minutos frenéticos, detuvo de repente sus idas y venidas, fijó la mirada en un punto distante unos doce kilómetros y cuatrocientos metros, y sonrió ladinamente.

—Huy, lo que se me acaba de ocurrir... —murmuró—. ¡Regómez!

—Mande.



JAVIER SERRANO.

—Póngase a la máquina de escribir. Le voy a dictar un bando.

El secretario se echó a temblar, al reconocer el tono de voz que su jefe

utilizaba cuando iba a cometer una burrada política de grandes proporciones. Pese a todo, introdujo un emparedado de folios «del galgo» y pa-

pel carbón en el carro de la Olivetti.

—Usted dirá, señor gobernador.

—Vamos allá: «Habiéndose detectado en la comarca de Valdecarrascas



JAVIER SERRANO.

la indeseada presencia de un enorme y peligroso animal y a fin de...».

—No corra tanto, señor gobernador. Pre... sen... cia... de... un...

—«... Y a fin de terminar con la amenaza que ello supone para las vidas y haciendas de los habitantes de la zona, este Gobierno Civil, recogiendo antiguas tradiciones patrias, ofrece a quien sea capaz de librarnos de la temida fiera, como recompensa a su arrojo y valor...»

Regómez dejó de aporrear la máquina al instante.

—¡Una recompensa! Es una buena idea, señor gobernador. Sin embargo, le recuerdo que los presupuestos de este año están ya cerrados y será muy difícil destinar una partida a una cuestión de este tipo...

—Déjeme terminar, Regómez:

«... como recompensa a su arrojo y valor... la mano de la hija primogénita del abajo firmante, titular de la delegación del Gobierno en esta comunidad autónoma. Dado en la capital de nuestra provincia, a tantos de tantos de mil novecientos tantos, etcétera, etcétera».

Regómez abrió una boca así de grande mientras los tipos de la Olivetti se arracimaban entre sí formando una horrible maraña.

—Pe... pero señor gobernador... ¿qué está usted diciendo?

—¡Fabuloso! ¿Eh, Regómez? ¿A que sí? ¡Menuda idea! En cuanto termine de pasarlo a limpio, llévelo a las emisoras de radio para que lo lean cada hora. Y que salga mañana en el Boletín Oficial de la Provincia.

Regómez se puso en pie, violentísimo.

—El señor gobernador me disculpará, pero esa decisión me parece una atrocidad. Y no estoy dispuesto a colaborar en ella. ¡Pobre criatura! Casada a la fuerza con un desconocido. No, no, ni hablar.

El gobernador lanzó a su secretario una mirada suplicante, mientras le sujetaba por los hombros.

—¿Es que no lo comprende, Regómez? Por lo que más quiera, no me boicotee la maniobra. No volveré a tener una ocasión como ésta de casar a la niña.

Regómez miró a su jefe, su cara de angustia. O quizá recordó a Mercedesitas, la interfecta, y el espantoso genio que gastaba. Sea como fuere, asintió y se sentó de nuevo a la máquina.

Lo demás ya es historia.